

## **La Patria dividida: tensión y conflictividad entre exiliados e inmigrantes argentinos en Porto Alegre, Brasil, 1976-1983**

**Divided nation: tension and conflict between exiles and Argentine immigrants in Porto Alegre, Brazil, 1976-1983**

### **Resumen**

En el exterior, los emigrados tienden a buscar a sus compatriotas para romper el aislamiento provocado por el proceso migratorio y su fractura de identidad. Sin embargo, el recién llegado es a menudo objeto de desconfianza y prejuicio por parte de sus pares anteriores, porque es *otro* en la disputa de un determinado espacio. Este fue el caso de los exiliados argentinos en Brasil, cuando encontraron una comunidad argentina ya asentada. Además, el estigma de la polarización y la violencia política de la década de 1970 pesaba sobre ellos: los miembros de la comunidad se hicieron eco del discurso de la dictadura, llamándolos “terroristas”. Este artículo presenta una perspectiva histórica sobre la relación contradictoria entre estos dos grupos, su constitución de identidad, subjetividades, la demonización del otro, sus redes de sociabilidad. Para responder a estas preguntas, analizamos entrevistas orales, documentos y periódicos, que nos permitirán esbozar el escenario de acción y abordar este pasado lleno de ambivalencias y conflictos.

**Palabras clave:** Exilio, Inmigración, Dictadura

### **Abstract**

Abroad migrants tend to seek their compatriots to break the isolation caused by the migratory process and their identity fracture. However, the newcomer is often subjected to mistrust and prejudice by his previous peers because he is an “other” in the space dispute. This was the case of the Argentine exiles in Brazil, when they found an already settled Argentine community. The stigma of polarization and political violence of the 1970s also weighed on them: members of the community echoed the dictatorship's speech, calling them “terrorists.” This article presents a historical perspective on the contradictory relationship between these two groups, their constitution of identity, subjectivities, the demonization of the other(s), their networks of sociability. In order to answer these questions, we analyze oral interviews, documents and newspapers, which will allow us to outline the scenario of action and to approach this past full of ambiguities and conflicts.

**Keywords:** Exile, Immigration, Dictatorship

Fecha de recepción: 26 de mayo de 2020

Fecha de aceptación: 24 de julio de 2020

## La Patria dividida: tensión y conflictividad entre exiliados e inmigrantes argentinos en Porto Alegre, Brasil, 1976-1983<sup>1</sup>

Divided nation: tension and conflict between exiles and Argentine immigrants in Porto Alegre, Brazil, 1976-1983

Jorge Christian Fernández\*

### Introducción

“Inmigrante” y “exiliado” son categorías clasificatorias que tienden a enmarcar y generalizar la experiencia migratoria de individuos o colectivos humanos que se trasladan de su tierra de origen hacia otra. Para establecer estas diferencias se utilizan criterios definidos principalmente en torno al grado de voluntariedad de la salida y los elementos circunstanciales que lo motivaron.

En este sentido, el inmigrante “clásico” se configura como un sujeto que “elige” irse, condicionado por circunstancias, pero motivado por la búsqueda de mejores condiciones laborales o expectativas de mejoría de vida (Esteban, 2003: 19). En cambio, el “exilio” se caracterizaría por el aspecto forzoso de la migración y, sobre todo, por ser motivado por diferencias políticas, ideológicas o culturales con el poder político vigente en su país. Es decir, el “exiliado” es un sujeto perseguido o expulsado por su afiliación o militancia política, por creencias religiosas o por su origen étnico-nacional (Tabori *apud* Cunha-Giabbai, 1992: 15). Es así una víctima de la exclusión y la intolerancia por parte del poder hegemónico de su tierra.

Si bien “exiliado” e “inmigrante” parecen términos que se explican por sí mismos y se consolidan en el aspecto lingüístico, literario, psicológico o político-ideológico, notamos que el uso directo de estos conceptos en el trabajo histórico, sin una problematización previa que oriente y delimite su instrumentalización para el trabajo académico, puede generar algunas omisiones, distorsiones y problemas epistemológicos. Los criterios definitorios de los conceptos (político por económico; forzado por voluntario) de carácter funcional para algunos ámbitos, como el Derecho Internacional, por ejemplo, se colocan como simples antinomias y se aplican de manera objetiva y burocrática, generalmente borrando matices o interrelaciones posibles entre estas categorías. Con esto se ignoran cuestiones subjetivas y singularidades presentes en las diversas posibilidades de las experiencias migratorias. Cabe preguntarse, por ejemplo: ¿hasta qué punto el que emigra en el marco de una crisis económica y social lo hace de forma voluntaria? Estamos de acuerdo con Denise Rollemberg (1999: 43) cuando dice que: “o migrante não opta individualmente pela partida e sim é levado socialmente a escolher esta opção. Em sociedades marcadas pela desigualdade, sobretudo em períodos de crise econômica (...) é difícil encontrar o lugar da opção entre os excluídos”.

Luis Roniger hace una problematización muy pertinente sobre la complejidad de las categorías migratorias. Según Roniger (2014: 25), “en la realidad, las categorías [exiliados e

---

<sup>1</sup> Este artículo es una reformulación de un capítulo de mi tesis doctoral: Fernández, Jorge Christian (2011): *Anclaos en Brasil: a presença argentina no Rio Grande do Sul, 1966-1989*, Tese (Doutorado em História), UFRGS, Porto Alegre.

\* Departamento de Historia, Universidade Federal de Mato Grosso do Sul (UFMS), Brasil. E-mail: [intbrig@yahoo.com.br](mailto:intbrig@yahoo.com.br)

inmigrantes] se confunden en el seno de las comunidades desplazadas, pudiendo cada individuo atravesar distintas etapas en su derrotero forzado [...] fuera de su patria”. Además, según este autor, no habría así una fácil identificación entre exiliados e inmigrantes como grupos separados y lo más importante sería “la observación de la interacción [de los sujetos] en el seno de las comunidades de la diáspora, y las relaciones entre su situación en sitios de translocación y las redes transnacionales” como lo que mejor nos puede ayudar a definir el carácter de cada grupo (Roniger, 2014: 26).

Es importante destacar que tanto en la inmigración económica como en el exilio político hay, aparte del aspecto subjetivo, una dimensión social que no se puede obliterar. No son meros procesos individuales, resultado sólo de decisiones personales. Por lo contrario, reflejan toda una dinámica estructural de la sociedad donde se lleva a cabo el proceso migratorio. Por un lado, cada exilio y cada inmigración son procesos singulares, individuales, una experiencia única que se puede aprehender y vivir de diferentes formas o, como dice Jensen (2004: 120) “No hubo un “exilio” sino múltiples y tantos como la cantidad de seres humanos que protagonizaron esa experiencia”. Pero también es una experiencia colectiva, ya que hay un sustrato común: la “condición humana”, que nos hace similares en esencia, a pesar de las particularidades individuales de cada uno. Además, la pluralidad de estos fenómenos migratorios indica que también deben ser analizados en el eje de esta doble dimensión, individual y colectiva, y buscando captar todos los matices y peculiaridades posibles. Cuestiones que tal vez sean irrelevantes para otras áreas, pero que consideramos fundamentales para el conocimiento histórico.

Entonces, ¿qué diferencia hay entre los “exiliados políticos” y los inmigrantes? La política en cuanto un “adjetivo” que se adhiere al “sustantivo” exilio, como afirman Bernetti y Giardinelli (2003: 53) y toda una serie de prácticas e ideas relacionadas con ella. Es decir, la militancia, afiliación y toda forma de compromiso asumido frente a un determinado proyecto político colectivo que pasó a formar parte de la identidad personal y que fue cercenado, prohibido y derrotado por el poder militar hegemónico (Rollemberg, 1999: 45). Roniger (2014: 25) subraya una otra diferencia importante entre exiliados e inmigrantes. En un principio, el exiliado no tiene posibilidad de retorno, mientras no haya un cambio substancial en las condiciones político-institucionales que lo llevaron a salir del país. Al contrario, el inmigrante puede hacerlo, si tiene voluntad o condiciones de hacerlo.

Para Garzón-Valdez (1983), el fenómeno de la emigración creciente en la Argentina comienza a acelerarse a partir del tercer mandato de Perón, aumenta durante el gobierno de su esposa Isabel Martínez y alcanza altos niveles a partir del Golpe de Estado de 1976. Según el autor, bajo la dictadura militar,

“los factores de expulsión adquieren una importancia primordial precisamente como consecuencia del aumento sin precedentes de la intolerancia política y del deterioro económico. Las posibilidades de elegir el país de destino disminuyen en proporción directa a la urgencia de salir de la Argentina, a fin de asegurar la supervivencia física y material” (Garzón-Valdez, 1983: 185).

Esta urgencia llevo a que algunos escapasen en dirección al Brasil. De hecho, entre 1976-1983, muchos argentinos desembarcaron en el Brasil sin tener demasiadas opciones y sin poseer cualquier relación con este país limítrofe. Aprovechándose de fronteras relativamente permeables, los perseguidos políticos se aventuraron en tierras brasileñas. Algunos apenas utilizaron el territorio brasileño como escala para otros rumbos preferibles, localizados generalmente en Europa y considerados más seguros, además de ser más

atractivos, por cuestiones económicas, culturales o lingüísticas. De hecho, para la mayoría de los exiliados políticos, la permanencia en un país regido por una dictadura civil-militar semejante a la de Argentina representaba un problema y un riesgo constante, como apuntó Quadrat (2007). Con todo, paradójicamente, y contra la voluntad del régimen militar brasileiro, el Brasil también se transformaba, conforme afirmaba el activista de derechos humanos Jair Krischke, en el “único ‘puente para la libertad’ del que disponen los perseguidos políticos del Cono Sur” (*Jornal Zero Hora*, 04/08/1980: 20).

Aunque ya existe una relativamente abundante historiografía del exilio argentino, esta se centra en los principales países de acogida como Méjico (Yankelevich, 2004, 2007 y Ss., Lastra, 2010), España (Delli-Zotti, 2004) País Catalán (Jensen, 2004 y 2007), Francia (Franco, 2008), Italia (Bernadotti y Bongiovanni, 2004), Estados Unidos (Pozzi, 2004) y Suecia (Canelo, 2008), entre otros. En 2004, la colección organizada por Pablo Yankelevich reunió a diversos historiadores y consistía en un abordaje socio-histórico sobre el exilio argentino en varios países, enfocando singularmente el fenómeno en cada país receptor. Sin embargo, se notaba la ausencia de aportes sobre el exilio en los países limítrofes o en América Latina. En el caso de Brasil esto fue complementado, en parte, con el estudio sobre los exiliados argentinos en Río de Janeiro (Quadrat, 2007 y 2011) y nuestra investigación doctoral sobre los exiliados que se radicaron en Rio Grande do Sul (Fernández, 2011). Entre los aportes recientes sobre América Latina, se destacan los estudios realizados sobre el exilio en Venezuela (Ayala, 2014).

Nuestra hipótesis de trabajo, en este artículo es que, en el exterior, los emigrados tienden a buscar a sus compatriotas para romper el aislamiento provocado por el proceso migratorio y su fractura de identidad. Sin embargo, el recién llegado es a menudo objeto de desconfianza y prejuicio por parte de sus pares anteriores, porque es *otro* en la disputa de un determinado espacio. Este fue el caso de los exiliados argentinos en Brasil, cuando encontraron una comunidad argentina ya asentada. Además, el estigma de la polarización y la violencia política de la década de 1970 pesaba sobre ellos: algunos miembros de la comunidad se hicieron eco del discurso de la dictadura, llamándolos “terroristas”. De este modo, intentaremos presentar desde una perspectiva histórica, como se dio la relación ambigua y contradictoria entre estos dos grupos distintos: como marcaron sus identidades, como veían al otro, como operaban sus redes de solidaridad. La conclusión a la que arribamos es que hubo momentos intercalados de aproximación y distanciamiento.

Para responder a estas preguntas de investigación, analizamos entrevistas orales realizadas por nosotros en Brasil (Porto Alegre, São Leopoldo, Foz de Iguaçu) y Argentina (Buenos Aires, Mendoza, La Rioja), entre enero de 2001 y agosto de 2010, además de material impreso de organizaciones políticas y de la comunidad argentina, documentos gubernamentales públicos y reservados y periódicos locales, que nos permitieron esbozar el escenario de acción y abordar este pasado lleno de ambivalencias y conflictos.

El texto se organiza en cuatro partes y unas conclusiones. La primera parte ofrecemos un sobrevuelo sobre la presencia argentina en el Brasil, en sus diversas modalidades: inmigrantes, exiliados, etc. La segunda parte tratamos sobre la compleja y tensa relación entre la colonia argentina de Porto Alegre y los exiliados recién llegados al país a fines de los 1970. En la tercera parte analizamos el caso específico del Circulo Argentino de Porto Alegre (CADEPA), club en el cual se reunía la colonia argentina. En la cuarta parte focalizamos otra etapa de la relación entre la colonia argentina y el exilio, ya en tiempos de democracia. Por fin, presentamos nuestras consideraciones finales.

## Un esbozo de la presencia argentina en Brasil

Durante la década de 1960, y hasta mediados siguiente, en un cuadro de crisis institucional, inestabilidad política y sus efectos económicos, la Argentina sufrió un fenómeno migratorio en dirección al exterior, conocido como “fuga de cerebros” (Garzón-Valdés, 1983; Zuccotti, 1987). Frente a ese escenario local de incertidumbres, científicos, profesores, y técnicos especializados dejaron el país buscando nuevos horizontes de trabajo y/o nuevas posibilidades de estudios, como cursos de capacitación o posgrado. En el extranjero estos ciudadanos argentinos, *inmigrantes cualificados*<sup>2</sup>, accedían a mejores oportunidades en sus carreras y una amplia gama de ofertas de empleo. A todo esto se sumaba la considerable ventaja salarial en comparación a los rendimientos obtenidos en la Argentina. Entre los principales destinos elegidos por esta migración calificada estaban Europa y Estados Unidos, pero también el Brasil.

Aunque desde marzo de 1964 Brasil estuvo bajo un régimen dictatorial<sup>3</sup>, esto no llegó a representar un freno, en general, para los que emigraban desde la Argentina. Especialmente a partir de 1968, cuando el gobierno militar brasilero empezó a jactarse del “milagro económico”<sup>4</sup>, cuyos índices de crecimiento y propaganda mascaraban la violencia del Estado terrorista en su fase más dura y el endeudamiento externo. Pero, a pesar de la represión y los riesgos, el Brasil se presentaba para aquellos argentinos como un país pujante, una potencia en desarrollo y que ofrecía posibilidades de crecimiento, expansión y diversificación de su mercado. El fenómeno migratorio de la “fuga de cerebros” representó una importante parcela de los argentinos que se instalaron en la provincia sureña de Rio Grande do Sul hasta 1976. Resaltamos que la motivación de ellos era esencialmente profesional y económica, sin embargo, esto no significa descartar la presencia concomitante de perseguidos políticos, pero no tiene parangón con lo ocurrido a partir del golpe cívico-militar del 24 de marzo de 1976.

Diversos autores (Quesada, 2003; Larraquy, 2007; Duhalde, 1999; De Riz, 2000) apuntaron al recrudecimiento de la violencia paraestatal clandestina entre 1973-1976 y cómo ésta operó con total libertad de acción, en lugares públicos o espacios privados, frente a testigos, quienes incluso podrían sufrir la misma suerte que la víctima. Hay que destacar que, aunque en democracia formal desde 1973, la Argentina se encontraba bajo un marco represivo general heredado desde la década anterior, y que esos avances represivos no sólo se hicieron desde los mecanismos paraestatales, sino que, tal como fue expuesto por Franco (2012: 17), se hizo también por medio de un complejo tejido de políticas y prácticas institucionales legales articuladas a la represión ilegal, con ello otorgándoles cierto amparo. Finchelstein (2016: 260) destaca que el soporte ideológico para la violencia del Estado provenía de una mezcla de ideas argentinas, europeas, norteamericanas, y latinoamericanas, pero, sobre todo, de la Doctrina de Seguridad Nacional en sus vertientes norteamericana y francesa. Esta se basaba en la concepción y construcción abstracta de un “enemigo interno”, que recibía una denominación genérica como “subversión” o “comunismo”, cuyo término impreciso y contornos difusos servía para abarcar cualquier grupo opositor al orden establecido, desde los revolucionarios hasta los moderados y reformistas. Así, cualquier acción, conflicto político o

---

<sup>2</sup> Utilizamos este término para referirnos a los que emigraron en el marco de la “fuga de cerebros” y para diferenciarlos tanto del exilio político cuanto de la emigración económica más clásica.

<sup>3</sup> El Golpe de 31 de marzo de 1964 en Brasil inauguró las dictaduras de Seguridad Nacional en el Cono Sur. El presidente João “Jango” Goulart fué derrocado por un golpe cívico-militar orquestado por la burguesía industrial y financiera, terratenientes, militares y la Iglesia, a los que se sumaron importantes fracciones de la clase media y sectores populares (Moreira Alves, 1984).

<sup>4</sup> De 1968 a 1973, Brasil mostró índices extraordinarios de crecimiento (PIB de 11,3%) combinados con bajas y estables tasas de inflación, inferiores a 18%, pero a base de endeudamiento externo (Fausto, 2006: 268).

movilización de índole social se convertía casi automáticamente en sinónimo de “subversión” y, como tal, pasible de ser combatida por ser considerada una acción disuasiva del “enemigo interno”. Esta práctica indiscriminada de la violencia paraestatal (y después estatal) adquirió un carácter integral sobre el tejido social, llegando así a abarcar grandes porciones de la población causando temor generalizado e impulsando mucha gente en dirección al exilio.

Según destacó Jensen (2004: 120) entre 1973 y 1975, encontramos *exilios puntuales*, pero a partir del 24 de marzo del 1976, el espectro ampliado del terror represivo estatal desató un caudal migratorio de carácter fundamentalmente político, cuyo apogeo fue de 1976 a 1979 y que permaneció activo durante el inicio de la década de 1980. En términos del perfil socio-económico y educativo-profesional de estos exiliados políticos podemos decir que se mantuvo similar al del periodo anterior a 1976, en su mayoría gente de clase media, con formación técnica o universitaria. Todavía, la diferencia era que la cuestión política se constituía como motivación principal para dejar el país. Y aunque algunos de estos exiliados presentasen concomitantemente cuestiones de índole económica, profesional o personal, ellas podrían ser apenas justificativas (conscientes o no) para enmascarar la razón primordial de la salida del país: el miedo de ser alcanzados por el terrorismo de Estado argentino.

Ya a partir de la década de 1980 se evidencia que a los efectos de la represión política se superpusieron y/o se mezclaron a las consecuencias económicas y sociales de la implantación del plan económico neoliberal de los sectores civiles que dieron soporte al gobierno militar. Así, como lo afirmó Jensen (2004: 121), el fenómeno del exilio fue perdiendo lentamente su carácter de cuño político e históricamente discontinuo, para transformarse en un proceso migratorio más amplio, profundo y estructural. En este contexto también llegó al Brasil una nueva y voluminosa oleada de argentinos, mezcla de exiliados e inmigrantes económicos, en un contexto local muy distinto y adverso en relación a las décadas anteriores (Fernández, 2011). De modo que esta superposición de *capas migratorias distintas*, de diferentes aluviones migratorios a lo largo del tiempo y debidos a coyunturas específicas, produjo inevitables tensiones y roces entre ellas, como veremos a continuación.

### **Diálogos (im)posibles: inmigración y exilio**

En el exterior, las personas emigradas pasan, casi naturalmente, a buscar el contacto y la proximidad con sus compatriotas como forma de romper con el aislamiento y el desamparo provocado por el proceso migratorio. Pero ese contacto no siempre es bien visto y los recién llegados no siempre son recibidos como desearían. Es casi un axioma de la inmigración: aquel que llega por último se torna objeto de desconfianza, discriminación y desprecio, pues es el nuevo “otro” que necesitaba luchar para conquistar un espacio.

La afirmación arriba es especialmente válida en el caso de aquellos que llegaron al Brasil en la condición de exiliados políticos y tomaron contacto con una comunidad argentina ya establecida. Además de ser “novatos”, cargaban sobre sus espaldas el estigma de la cuestión política, pues en el imaginario de algunos de los residentes antiguos, los exiliados no pasaban de “delincuentes subversivos” y, haciendo eco del discurso excluyente de la dictadura, eran considerados “indignos” de ser argentinos. Por lo tanto, dada esa coyuntura, la colonia de inmigrantes no se configuraba como opción de socialización para aquellos disidentes o perseguidos y que, en la mayoría de los casos, todavía estaban de forma irregular en Brasil. De esa forma, exiliados e inmigrantes se miraban mutuamente con prejuicio y desconfianza.

Para el montonero Juan, llegado clandestino en 1977, existían antagonismos evidentes:

“En el exilio en Brasil había que cuidarse un poco entre los que habían venido como una inmigración económica y que estaban muy identificados con líneas políticas contrarias a las nuestras, ¿no?” (Juan P., 2008).

Otro exiliado desde 1977, aunque de la Unión Cívica Radical (UCR), Ricardo, también nos relató sus dificultades en relacionarse con la comunidad argentina. Su testimonio indica que el contacto era marcado por tensión y cautela:

Era una cosa que me costaba trabajo: hallar tipos argentinos que pensaran como yo, algo parecido. No, no hubo caso. En Uruguay yo me veía con algunos, no podíamos hablar entre nosotros porque peligraba cualquiera. Y bueno, aquí, en el asunto de la gente argentina no me parecía tan bien ubicado [...] En general, los argentinos que había eran del 'otro lado'. Menos algunos casos, gente rajada acá... aparte había miedo (Entrevista con Ricardo A., 2008).

A partir de esa óptica, Ricardo generalizaba a la colonia argentina como políticamente adversaria y potencialmente peligrosa. Esta visión preconcebida (tan cargada de prejuicios como la de los residentes, más de signo inverso) era recurrente en los exiliados, pues partía de un principio ideológico y estaba impregnada de la lógica binaria que revestía la cuestión política en la Argentina. Luego, la salida de los exiliados frente al asilamiento, generalmente, tendía a ocurrir en un plano más limitado, pues los contactos sociales se establecían de forma muy discreta, en una esfera más privada, de la cual participaban apenas familiares y amigos indicados, formándose así pequeños grupos. Contrariamente a lo que ocurrió en países europeos o en Méjico, en Brasil los exiliados no consiguieron articular una comunidad propia organizada. Como Brasil era una dictadura, los exiliados se cercaban de precauciones e intentaban no llamar la atención para poder pasar incógnitos, preservando así la seguridad personal y de su núcleo más próximo. Esto era sobretodo importante en una región de frontera con la Argentina, como es Rio Grande do Sul.

Gabriel, quien también llegó en 1977, nos relató cómo funcionaba esa dinámica social y como se tejían esas delicadas redes interpersonales, inicialmente pautadas en una identidad común: la argentinidad.

Y, había eso, ¿no? Esas reuniones que fuimos a comer un asado, el fin de semana. [...] cada argentino invitaba otro y se buscaba establecer un vínculo de amistad... y nosotros le huimos un poco a eso por temor, pero los “otros” se reunían mucho más. [...] Unos se conocieron ahí, me parece que se conocieron ahí todos. Y nosotros tratábamos de escabullirnos por causa de nuestros parientes que estaban involucrados [en Montoneros]. [...] Porque en esas reuniones siempre se pregunta: ¿Y vos que hacías? ¿De dónde venís? Y que te paso, etc. Y siempre hay gente que escucha que puede ser de los servicios. [...] porque uno tenía un olfato para detectar quienes eran personas confiables y quienes no lo eran. (Entrevista con Martínez Agüero, 2010).

En el caso de Gabriel, el miedo y la cautela eran redoblados en virtud de su parentesco con un miembro de la conducción montonera. Pero el trauma de la violencia política, sumado al miedo de una hipotética persecución más allá de las fronteras acechaba sobre los exiliados, haciendo que viviesen casi permanentemente en estado de alerta y en clima de desconfianza. Algunos de ellos todavía seguían las reglas de los tiempos de clandestinidad en la Argentina. De forma general, esas personas huían a la aproximación con “extraños”, especialmente otros argentinos que no perteneciesen a un círculo más íntimo o conocido. Pero, cuando este

contacto se perfilaba como inevitable aparecían en escena estrategias propias de preservación. Deliberadamente, el pasado inmediato era ocultado con cuidado y las actividades relacionadas a la cuestión política eran completamente obliteradas. Así procedía la familia de Andrea, quien había sido un cuadro del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT):

Al principio, nos cuidábamos mucho de decir [...] que habíamos sido militantes. Incluso de hablar con las personas de Argentina que no conociésemos. Sí, teníamos mucho cuidado. Porque, por la situación nuestra, teníamos noción... Nunca vimos nada raro, pero nosotros teníamos la idea de que ciertamente, o no sé si veníamos con trauma de allá de pensar que eras perseguido, de que eras vigilado [...] (Entrevista con Andrea T., 2008).

En la familia de Bruno, psicólogo y ex-militante de Montoneros, los procedimientos de seguridad eran similares. Bruno comentó que, frente a las preguntas indiscretas de terceros, él ya tenía un discurso pronto: “la historia que yo contaba era que me habían contratado para una investigación” (Bruno M., 2007). Conforme nos explicó su esposa, ciertos temas, tales como la actuación política de la pareja, eran considerados tabúes y por eso ni los hijos podían tener acceso a esa información:

Hoy hablamos de esto, pero durante años no hemos hablado para nada. Inclusive a nuestros hijos no les decíamos nada. O sea, era un modo de protegerlos. [Su hija preadolescente] dice que sabía que había “cosas” que no podía decir, que siempre que le preguntaban: - eh, pero ustedes viviendo en Buenos Aires, ¿cómo vinieron aquí? – Ah, porque tuvieron que venir a trabajar... (Entrevista con Hilda G., 2007).

Kaufman (2006) examinó cómo ocurren esos intrincados procesos de ruptura en la transmisión de las memorias y relatos de experiencias traumáticas dentro del seno familiar. En el ámbito de la familia, es normal que las “historias” de los más viejos sean sometidas, por los más jóvenes, a una re-elaboración de esa información que pasa por la recreación y la resignificación con base en las experiencias propias y en la subjetividad individual. No obstante, dado el grado traumático de las vivencias aquí en cuestión, esa dinámica adquiere características específicas. Esas vivencias-límite superan la capacidad humana de tolerancia al dolor, dificultando el proceso psíquico de la experiencia y transportándola hacia el mundo del silencio, donde residen las “cosas que no se pueden decir”. Así, para Kaufman (2006, p. 50),

[...] dentro de la familia, cuidar puede ser callar, cuidar puede ser compartir. Contar puede ser el deseo y callar la única posibilidad de sobre-vivencia. En todos los casos la transmisión está presente en forma de memoria reconocida o ausente. En los vínculos familiares, las versiones de la historia pueden permanecer intocadas e inabordables, a veces por no remover el pasado, a veces por que pertenecen a lo que nunca se ha dicho.

Luego se percibe que, en virtud de los traumas sufridos, muchas familias fueron obligadas a recortar y seleccionar partes de su pasado que fueron silenciadas o borradas. Con eso se compromete (aunque sin impedirla por completo) la transmisión de las narrativas y de las memorias familiares para las generaciones siguientes, así como se dificulta a los hijos y nietos el proceso de elaboración de una historia propia y original, de forma concatenada e inteligible; por un lado, dándole identidad singular y, por otro, insertando este individuo en una determinada genealogía familiar.



Pero, más allá de los recelos y temores con respecto a la colonia argentina, los emigrados políticos tenían una especial aversión por la representación oficial de su país, aunque en la época no se supiese exactamente cuán involucrado estaba el sector diplomático argentino con la dinámica represiva transnacional. Por precaución, las personas generalmente evitaban cualquier contacto con el consulado u otras representaciones oficiales. Algunos ni siquiera entraron en el edificio, hasta la redemocratización. Otros, sólo recurrían al consulado en casos de extrema necesidad (para conseguir un documento indispensable a la legalización del emigrado en el Brasil, por ejemplo), pero casi siempre bajo un permanente clima de miedo y desconfianza, pues al final nunca se sabía a ciencia cierta quién estaba o todavía permanecía en el ojo de la represión. La respuesta dada por Ricardo a nuestro cuestionamiento (¿Mantén Ud. algún contacto con el Consulado?) es significativa: “¡No, por favor! Pero escúchame, si yo conocía... nunca tuve ninguna relación. Había un cónsul aquí que lo había puesto el Ministerio de Relaciones Exteriores durante la represión, que se llamaba Otero y yo no quería saber nada de él” (Ricardo A., 2008).

Otro entrevistado, Ernesto T., un inmigrante de simpatías peronistas, también emitió una opinión similar sobre los diplomáticos y la institución consular en Puerto Alegre, en términos más ásperos:

No, no iba. [...] y hay un viejo que está ahí todavía y es de la época esa. Hace 200 años que está ahí porque es de la época caliente del plan Cóndor. Era terrible. Yo ni iba porque sabía que eran... saber lo que representaban, ya me rechazaba, a los diplomáticos (Entrevista con Ernesto T., 2010).

La percepción de Ernesto sobre este tema no era gratuita, pues él era amigo de Carlos Claret, quien fue secuestrado por militares brasileños en la ciudad de Passo Fundo, donde había una pequeña comunidad argentina que agrupaba inmigrantes de la clase trabajadora y algunos exiliados, como Claret. El Consulado General argentino de Porto Alegre parece haber ejercido un papel decisivo en su captura, en septiembre de 1978 (Fernández, 2012). De modo análogo, un año antes del secuestro de Passo Fundo, el cónsul argentino en São Paulo, Julio Alfredo Seixas, colaboró de forma directa con los agentes de la represión en el secuestro de dos argentinos en aquella capital (Fernández, 2011: 349). Por lo tanto, el análisis de las fuentes nos confirmó que tanto los rumores como los miedos de entonces, referentes a la colaboración del consulado con la dictadura no eran, de modo alguno, meramente infundados.

A continuación, examinaremos como surgió, en Porto Alegre, un colectivo social de la diáspora argentina, analizando su proceso evolutivo-organizacional, sus múltiples vínculos con la patria-madre y con la tierra de acogida, así como su real inserción entre el conjunto de los argentinos residentes (independientemente de la situación legal, afinidades políticas, etc.) en esa urbe. Por fin, abordaremos cómo se tejía su red de relaciones sociales y si había o no parámetros para inclusión o exclusión de determinado individuo, considerándose, en especial, el caso de los exiliados.

### **CADEPA, un club de argentinos**

El Circulo Argentino de Porto Alegre (CADEPA, o simplemente “el Círculo”) fue oficialmente legalizado el 18 de abril de 1968 (CADEPA, 1968), aunque es posible que su existencia informal haya sido muy anterior a esa fecha, según Antonio B., quien fue miembro de la primera comisión directiva: “No, ya estaba fundado, pero yo fui cofundador, digamos, porque el Círculo estaba comenzando y fui integrante ahí” (Antonio B., 2008). Todavía, de acuerdo con Antonio, el objetivo del CADEPA era divulgar la cultura argentina, la cual

encontraban “muy parecida con la *gaúcha* (del sur de Brasil)” (Antonio B., 2008). Inicialmente, el CADEPA parece haber funcionado más como un grupo de amigos, conforme nos cuenta Mirtha R., quien, además de pertenecer al grupo desde largo tiempo (mediados de los años 70) es fiel depositaria de su memoria oficial: “El Círculo ya está casi en los cincuenta años. Fueron dos argentinos, inclusive vive el abogado que lo fundó con otro señor que falleció” (Mirtha R., 2008).

Con la regularización, el CADEPA se transformaba en una institución formal y pasaba a tener estatuto y personería jurídica, sobre el comando de un presidente y una comisión directiva, compuesta por trece miembros asociados. En su estreno como sociedad, el CADEPA fue incumbido por el Consulado General de la República Argentina en Porto Alegre, para iniciar los festejos patrios de la Semana de Mayo: una exclusiva y elegante cenaailable en el *Restaurante Panorama*, ubicado en la azotea del entonces moderno Edificio de la *Companhia Riograndense de Telefonia* (CRT) (Circular N° 1- CADEPA, 06/05/1968). La relación entre el Círculo y el Consulado remonta a los tiempos de su fundación. Debe ser destacado también que el Cónsul y algunos miembros del cuadro funcional del Consulado General argentino figuraban como asociados en la lista de miembros del Círculo (CADEPA, 1973). El CADEPA se encuadraba perfectamente en el ámbito de la restrictiva legislación brasileña sobre las organizaciones compuestas por extranjeros, donde se definía claramente los límites asociativos: “Art. 107. Es lícito a los extranjeros asociarse para fines culturales, religiosos, recreativos, asistenciales, afiliarse a clubes sociales y deportivos [...] bien como participar de reunión conmemorativa de fechas nacionales o acontecimientos de significación patriótica” (Decreto N° 66.689, 1970).

En el Brasil, las colectividades e individuos extranjeros, y sus actividades sociales y culturales estaban sometidas al rastreo de la Policía Federal brasileña y a las determinaciones del Ministerio de Justicia, que detentaba la palabra final sobre cualquier asunto de extranjeros. Cualquier involucramiento del colectivo extranjero con política (sea de su país o brasileña), o alguna otra actividad que fuese considerada como una interferencia en asuntos internos podría ser encuadrada como amenaza a los “intereses nacionales”, lo que significaría el cese de las actividades, como se puede observar en la propia ley:” [...] Art. 109. El Ministerio de Justicia podrá, siempre que considere conveniente a los intereses nacionales, impedir la realización, por extranjeros, de conferencias, congresos y exhibiciones artísticas o folclóricas” (Decreto N° 66.689, 1970).

Con todo, más que una sociedad de índole cultural, el CADEPA concentraba sus esfuerzos en realizar eventos festivos para la comunidad argentina. O sea, él estaba más para un club social informal, a pesar de la legalización, pues el CADEPA no tenía sede propia. De esa forma se alquilaban espacios para las reuniones entre los miembros, que acontecía con cierta frecuencia, aunque estos encuentros coincidían con las fechas patrias argentinas, como el 25 de mayo y el 9 de julio. Según Mirtha, las reuniones del CADEPA eran siempre hechas en restaurantes y en los salones de los “mejores clubes” de Porto Alegre, lo que podemos confirmar al analizar las invitaciones de la época, celosamente atesoradas por la entrevistada. Por otro lado, esa práctica rendiría al CADEPA el rótulo de “elitista” entre los “otros argentinos”, exiliados e inmigrantes de clase media o baja, que no hacían parte de ese club selecto (Mirtha R., 2008).

Así, las cenas-bailables y las fiestas eran realizadas en las sedes Casa de España, Casa de Portugal o en la de la Sociedad Hípica Porto-Alegrense, delante de la inexistencia de una “Casa Argentina” capaz de albergar el CADEPA. Además de las conmemoraciones de las

fechas argentinas, también se conmemoraban efemérides brasileñas. Aquí de ejemplo, una carta-invitación a los asociados del año 1969:

CADEPA, deseando homenajear fraternalmente esta tierra que hoy es la nuestra, organiza para la noche del día 5 de septiembre [...] una cena danzante [...] será la forma festiva de celebrar el 147° aniversario de la Independencia Brasileña. [...] y esperando que la reunión resulte un paso más en el camino de la comprensión brasileño-argentina [...] (CADEPA, 25/08/1969).

Es posible que reuniones como ésta fuesen apenas un mecanismo de aproximación para propiciar una mejor integración con el país de acogida; pero cabe recordar que, en ese contexto histórico de dictadura, esto también podía significar una forma de adhesión (sincera u oportunista, dependiendo del caso) por parte de la colonia argentina al régimen militar brasileiro. En fin, podía ser una forma de agradecer a los anfitriones.

Las fiestas, como de costumbre, eran celebraciones de acuerdo a la identidad argentina, en las que se degustaban los platos típicos de la culinaria platina, como empanadas y asados, generalmente regados con vino tinto, en una atmósfera de tangos, milongas y música folklórica. De acuerdo con Sheffer (2006:175), estas actividades de tipo “promocionales” en la esfera cultural tenían doble propósito, pues ellas son direccionadas a la comunidad propia como para los habitantes del país que hospeda. O sea, por un lado, este tipo de actividad representa un constante refuerzo de la identidad de los miembros de la diáspora, así como también (re)establece o fortalece vínculos con el país de origen. Por otro lado, ellas también otorgan mayor visibilidad social a ese colectivo étnico-nacional extranjero en la sociedad de acogida, lo que equivale a divulgar y, con eso, fomentar el conocimiento del “otro” sobre esos extranjeros.

El Círculo también buscaba agrupar argentinos “suelos” en Porto Alegre y ayudar a los compatriotas en la tarea de adaptarse al nuevo país. Como afirmo Zuccotti (1987: 141), los primeros meses siempre eran los más difíciles para un emigrado. El individuo todavía pasa por una etapa de choque cultural, y una de las reacciones más comunes, casi instintiva, es la de buscar a algún compatriota, como mecanismo de escape delante del desarraigo y el trastorno emocional. Generalmente, la aproximación con el CADEPA se daba por medio de una red de contactos o casualmente, como sugirió Antonio: “Si había un argentino que estaba por ahí lo agarrábamos y lo llevábamos para la fiesta. Ahí con el tiempo se integraba [...] Ellos aparecían y alguno descubría quien tenía un amigo y lo llevaba. No había un anuncio ni nada... era una relación personal” (Antonio B., 2008).

Con todo, contactar con el CADEPA no debía ser muy fácil para un recién-llegado que desconociese personas en la ciudad, ya que la existencia de CADEPA, como se observa, no era muy divulgada, sea por falta de medios (lo que no parece ser el caso) o cuidado del propio grupo en expandirse demás. De hecho, CADEPA tenía casi un carácter de cofradía privada y el perfil socio-económico del Círculo era elevado, ya que abundaban empresarios, médicos y profesionales liberales. Según comenta Pablo O. (2008), en sus primeros tiempos, el CADEPA era mantenido por “[...] dos o tres personas que tenían mucho dinero. Si había que hacer una fiesta ellos pagaban y no había problema”. Mirtha P. (2008) completa la frase: “[...] Gente de empresas argentinas que estaban acá y que tenían el deber de ayudar. Así se ‘bancaban’ las fiestas y los eventos” (Mirtha P. 2008). En síntesis, quien integraba y costeara las actividades del Círculo era una especie de “élite” con determinado poder adquisitivo y cuya presencia en el Brasil se debía, principalmente, a motivos profesionales.

Pero, el aumento de la inmigración argentina hacia Brasil, a partir de los años 1975-1976, introdujo nuevos actores sociales en el escenario *porto-alegreense* y en la comunidad argentina de Porto Alegre: los perseguidos por problema políticos. Todo indica que la comunidad de argentinos agrupada en el CADEPA, no vio con buenos ojos el fenómeno de los recién-llegados.

Según nos relataron antiguos miembros del Círculo (anteriores a 1975-1976) la entidad no discriminaba a nadie en virtud de su posicionamiento político. Para Antonio, uno de los fundadores, la posición del CADEPA era “plural y apolítica”. El “filtro” institucional sería apenas ejercido en la cuestión de la nacionalidad: “[...] Política no era nada. Éramos todos argentinos, no se discutía política. P: ¿Y se acercaba alguien de militancia? ¿Era aceptado? - No, era aceptado de cualquier forma. No importaba el pensamiento político del tipo; si era argentino, era argentino y punto” (Antonio B., 2008).

Mirtha buscó también resaltar, incluso antes de ser preguntada, que el Círculo “[...] es exclusivamente de corte cultural y social: no hay política” (Mirtha P., 2008). Lo que intriga es por qué estos miembros antiguos insistieron en despolitizar el ámbito del Círculo frente al autor, siendo que la cultura política (en sus diversas manifestaciones) es uno de los trazos característicos de la identidad nacional argentina, donde los grupos definían su identidad, uno en oposición al otro. Esa operación de “despolitización” puede tener diversas motivaciones, que exploramos a continuación.

Por un lado, ella podría ser apenas una respuesta “automática” a la prohibición de ejercer cualquier manifestación política en Brasil. Aunque, la despolitización también podría ser un efecto del discurso oficial de la dictadura argentina, hábilmente esgrimido por los militares para cohibir cualquier tipo de disidencia, tal como fue utilizado durante el Mundial de 1978 o la Guerra de las Malvinas. Un nacionalismo de tipo chovinista, caracterizado por una unidad de pensamiento que quirúrgicamente excluía otros adjetivos identitarios, especialmente los políticos y particularmente los vinculados a la izquierda. Así, no serían considerados argentinos aquellos que mantuviesen una identidad política no avalada por el régimen.

En una lógica similar, pero de signo inverso, la asunción de una posición “apolítica” también podría indicar un mecanismo de resguardo frente al riesgo que significaba hacer política y ser un “sujeto político” en tiempos dictatoriales. De modo que declararse “apolítico” equivalía a definirse “neutro” frente al embate entre gobierno y opositores, una estrategia de sobrevivencia que buscaba desviar al sujeto del foco de la represión y el terror estatal.

Por otro lado, el CADEPA parece haber sufrido presiones internas y, probablemente externas, en función del aumento de número de argentinos emigrados. El crecimiento en la comunidad argentina de Porto Alegre era perceptible y se constituía en una realidad que exigía acciones concretas o alguna respuesta más efectiva en términos sociales. En 1978, una nueva Comisión Directiva, posiblemente percibiendo este aumento de número de argentinos en la ciudad, parece haber señalado que la fase inicial marcada por fiestas y confraternizaciones esporádicas, típicas de una cofradía, debería dar lugar a una entidad social más organizada, y que consiguiese estructurar una identidad colectiva plural, proyectada más allá de un burdo nacionalismo:

CADEPA surgió de un grupo de argentinos residentes en Porto Alegre. Todos los asociados conocen esa parte histórica de la formación de nuestro grupo, y conocen

también los esfuerzos y sacrificios de las comisiones que nos precedieron, para inyectar vida y entusiasmo y hacer de CADEPA un grupo de gente con una vida social más intensa que simples almuerzos o reuniones festivas en pocas ocasiones durante el año [...] Para eso, es necesario que nos concienticemos que CADEPA, para ser una sociedad viva, un círculo actuante, precisa de gente que se conozcan, que se relacionen, que críe intereses en común. El hecho de ser todos argentinos y hablar el idioma patrio no basta [...] (CADEPA, 1978).

Con la finalidad de promover el Círculo, la nueva comisión distribuyó un cuestionario cuyo objetivo era conocer mejor el perfil de los miembros. Según el documento, obteniendo los datos requeridos, el CADEPA podría definir un rumbo institucional, así como objetivos a seguir. Pero, según un documento de la propia comisión, el cuestionario obtuvo poca respuesta (CADEPA, 1979), confirmando de cierto modo lo que la propia comisión había vaticinado: [...] Si usted, amigo asociado de CADEPA, no nos responde al “questionário”, es porque no existe CADEPA” (CADEPA, 1979). Así, el CADEPA continuaba siendo un grupo informal y selecto, reducto de una minoría.

Todavía, a pesar de su composición social y el decantado apoliticismo del CADEPA, el gobierno militar brasileño mantuvo la vigilancia sobre las actividades del Círculo. En 1982, un evento pro-Malvinas organizado por el CADEPA durante el conflicto del Atlántico Sur fue seguido por el Servicio Nacional de Informaciones (SNI). El documento citaba diversas organizaciones “subversivas”, tales como *Grupos Argentinos pela Libertação* (GAL), o *Comitê de Solidariedade a Luta dos Argentinos pela Democracia* (CSLAD) y Trabajadores y Sindicalistas Argentinos en el Exterior (TYSAE), entidades que operarían de forma clandestina en Brasil. La pesquisa objetivaba saber si CADEPA tenía alguna relación con estos grupos “subversivos”, lo que fue descartado al fin. (INFE N°22-2807/82/SCI/SSP/RS - Confidencial - Organismos de argentinos promovem atividade no Rio Grande do Sul, 29/07/1982).

Y a pesar de que la comunidad de informaciones no consideraba a la entidad sospechosa, también hubo monitoreo puntual sobre algunos de los miembros de CADEPA. Paradójicamente, el “apolítico” Antonio B., periodista, profesor y fundador/dirigente del Círculo, había sido detenido en 1975, bajo acusación de servir de enlace entre el Partido Comunista argentino y el Partido Comunista brasileño (Fernández, 2011: 450).

Otra investigación recayó sobre el también periodista José María Villone, antiguo socio número 48 (CADEPA, 1973). Su participación en el gobierno de Isabel Perón, como secretario de Prensa y Propaganda, le garantizó la persecución de la dictadura argentina y brasileña. Por ironía del destino, Villone, uno de los artífices de la Triple A, terminó siendo víctima del propio aparato represivo ilegal que ayudara a crear. Después del golpe de 24 de marzo de 1976 fue buscado en Brasil, donde había residido desde 1960<sup>5</sup>, por ser un posible local para refugio. En ese ínterin, las autoridades brasileñas, en colaboración con las argentinas, continuaban buscando las posibles conexiones de Villone en Rio Grande do Sul. Una serie documental (“pedidos de búsqueda”) emitida por el Departamento de Orden Política y Social de la policía de Rio Grande do Sul (DOPS/RS), de junio a octubre de 1977,

---

5 En 1970, Villone ocupaba la gerencia comercial de *Rádio Farroupilha* y de la TV *Piratini* y poseía una agencia de publicidad en Porto Alegre con dos socios brasileiros, Cláudio Ferreira y su hermano (Larraquy, 2007: 86-179).

informaban los “datos conocidos” sobre el reo, dando constancia de su prisión y solicitaban mayores informaciones:

Villone, [...] quien fue secretario de Prensa en el gobierno de Isabel Perón, recientemente, a pedido de la justicia argentina fue detenido en Uruguay, a raíz de los fraudes que habría cometido estando al frente de la referida Secretaría de Estado.

Datos solicitados: [...] b) Investigar si José María Villone estuvo recientemente en Rio Grande do Sul; c) En caso positivo, fechas y locales frecuentados y si es posible identificación de las personas con las cuales mantuvo contactos [...] (Pedido de búsqueda N° 346/77/DBCI/DOPS/RS, 30/08/1977; N° 432/77/DBCI/DOPS/RS, 18/10/1977).

No consta en el archivo ninguna respuesta a estos pedidos reiterados. Por tanto, no sabemos si Villone estuvo o no refugiado en Rio Grande do Sul antes de ser preso en Uruguay, a mediados del 1977. Sin embargo, por el contenido del documento del DOPS, podemos deducir que es bien probable que el antiguo grupo de amigos y de personas anteriormente próximas a Villone haya estado bajo estrecha vigilancia policial y de los servicios; como su antiguo socio, Claudio Ferreira, y probablemente algunos de sus colegas del Círculo Argentino.

Por otro lado, en la perspectiva de los argentinos exiliados políticos o inmigrantes simpatizantes de izquierdas, los miembros del CADEPA eran casi siempre identificados como si fuesen simpatizantes de las dictaduras. Todavía, esas divisiones y generalizaciones de tipo maniquea deben ser relativizadas y matizadas. Incluso para Ricardo, quien venía de una línea de centro-izquierda moderada, la comunidad argentina en torno al CADEPA no era confiable por ser considerada alineada a la dictadura militar argentina. Para Ricardo eran los inmigrantes quienes evitaban a los exiliados y, de acuerdo con esa percepción, existía por parte del CADEPA una clara actitud de discriminación y exclusión contra los recién-llegados por razones políticas:

[...] era una gente de mierda. Se cuidaban de los tipos que venían como...

*P: ¿Exiliados?*

Y sería que la gente que estaba en el CADEPA era más afín con los gobiernos militares [...] eran más a la derecha que a la izquierda. Si, textualmente así.

*P: ¿Entonces la gente que estaba acá por motivos políticos estaba aislada?*

Exactamente, y no se le daba bola. Yo, por ejemplo, entré al Club Uruguay y me recibieron como los dioses. En el Club Uruguay también había derecha, pero se arma otro grupo con el Frente Amplio. [...] soy el único caso de un argentino que llega secretario de un club uruguayo (risas). (Entrevista con Ricardo A., 2007).

Por lo tanto, como solución para no permanecer aislado en su nuevo local de residencia y, como salida frente a la intolerancia política de sus compatriotas, Ricardo prefirió establecer vínculos con el club de inmigrantes uruguayo, considerado por él como un colectivo más democrático. Ahí tuvo, según él, la oportunidad de construir lazos de amistad, además de poder compartir elementos culturales afines a los dos países platinos: el tango, el fútbol, las empanadas, etcétera. Su aproximación al CADEPA se daría, posteriormente, al final de la dictadura y bajo nuevos vientos políticos.

### **Exiliados e inmigrantes, ahora en democracia**

El fin de la última dictadura militar, en diciembre de 1983, y la posterior consolidación del proceso democrático en la Argentina, más hacia el final de la década de 1980, también coincidió con un acercamiento entre los argentinos exiliados y no exiliados residentes en Porto Alegre. Es posible que eso haya sido uno de los efectos del discurso político del gobierno del presidente Raúl Alfonsín, quien, con su fuerte apego civilista y democrático objetivaba la superación del trauma social, político y económico dejado por los gobiernos militares.

En el plano concreto, cabe destacar que el gobierno democrático trajo una evidente renovación en el cuerpo diplomático, por lo menos en los primeros escalones, lo que señalaba un cambio de rumbo en las relaciones con los compatriotas en el extranjero. Con el restablecimiento de la democracia, los exiliados argentinos (aunque no todos, ya que hubo persecución a jefes guerrilleros, en virtud de la teoría de los dos demonios (Vezzetti, 2002) podían volver a aproximarse de sus representaciones oficiales en el extranjero sin tantos recelos de sufrir represión. Por otra parte, dada la proximidad y casi subordinación del CADEPA al Consultado General Argentino de Porto Alegre, es plausible que este último instara al Círculo a pasar por un proceso de democratización, pero no se descarta la hipótesis de que el CADEPA, por cuenta propia, ya estuviese también realizando este proceso bajo las influencias no solamente del contexto argentino, sino también brasileño.

Cabe señalar que, frente al colapso del régimen militar argentino, diversos sectores de la sociedad argentina (muchos comprometidos con la dictadura) rápidamente se sumaron a la democracia, como si tuviesen con ella una afinidad secular. Así, en aquel periodo, muchas de las diferencias políticas fueron siendo obliteradas y postergadas, en parte debido al ideal conciliador democrático, más también debido a la confortable teoría de los dos demonios, con su “pasteurización” de antiguas identidades políticas de los actores sociales de los años 70 (Vezzetti, 2002: 119). Una tentativa de diluir responsabilidades a la sociedad argentina por todo lo sucedido durante la dictadura.

Parece que el CADEPA también pasó por cierta apertura democrática lo que, posiblemente, trajo como resultado un aumento en el volumen de asociados. Infelizmente, no disponemos de números, mas contamos con testimonios que refuerzan esa hipótesis. Con eso, el Círculo pasó también a incluir, entre sus miembros, algunos antiguos exiliados políticos en su seno. Personas como Juan, Andrea, Carlos y Ricardo, por ejemplo (Entrevistas con Juan P., 2008; Andrea T., 2008; Carlos P., 2008; Ricardo A., 2007).

En ese proceso de ampliación y constitución de una entidad más sólida y democrática, el Círculo pretendía, además de su sede propia, ampliar su actuación social y comunitaria. También se proponía como agenda la integración de otros ciudadanos latinoamericanos en la entidad. Un aviso publicado en el boletín de la Iglesia *Nossa Senhora de Pompéia*, en diciembre de 1990, anunciaba la nueva propuesta del Círculo:

A mis hermanos de la Familia de la Pompéia, les comunico que tenemos más una casa que hace a la Integración Humana de los Latinoamericanos: el CENTRO (sic) ARGENTINOS DE PORTO ALEGRE (CADEPA), constituido por su nuevo directorio, realizó el 08 de noviembre del corriente año, su primera ‘Asamblea Ordinaria’, en la Casa de España, eligiéndose los Directores para los distintos departamentos [...] Como es del sentimiento del Presidente, Sr. David Herzberg, Vice-Presidente Julio Ferreira y demás miembros de la Directiva, la importancia de la participación de todos los Latinoamericanos, es decir, que les es grato tener

entre los asociados gente con ganas de integrarse al Círculo, sin importar su lugar de nacimiento (*A Família da Pompéia*, Dic./1990).

El llamado provocó adhesiones de gente como Carlos P., un inmigrante económico quien entró en contacto con el Círculo, a finales de los años 80. Según él afirmó, hasta entonces desconocía la existencia del CADEPA: “El Círculo no sé cuándo se empezó a formar... Nosotros ya estábamos viviendo en Porto Alegre hace muchísimos años [...] cuando nos enteramos que había un Círculo argentino, nos arrimamos” (Carlos P., 2008).

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos realizados por algunos para hacer del CADEPA una entidad más estructurada, abierta y democrática, enseguida las antiguas disidencias políticas y los intereses divergentes comenzaron a despuntar entre los antiguos miembros y los nuevos asociados. Para Carlos P., el problema surgía del individualismo, de la soberbia y de cierta envidia y vanidad: “Al poco tiempo empezaron las peleas... de costumbre entre los argentinos. Yo seguí yendo unos años y después últimamente perdimos el interés, porque había mucha... porque un tipo estaba bien en una empresa, los otros eran todos unos... o sea, a repetir lo que había allá” (Carlos P., 2008). Él también elaboró un análisis crítico sobre la propia colectividad, al comparar el comportamiento de la comunidad argentina con el de otras comunidades de inmigrantes y destacó la falta de solidaridad entre los argentinos: “Yo vi otras colectividades de extranjeros, tanto en Argentina cuanto acá, [...] que entre ellos se ayudan. Acá en el Círculo argentino yo no vi nadie ayudar a nadie [...] Al contrario, cada uno por su lado, salvando las honrosas excepciones” (Carlos P., 2008).

Para Juan, veterano militante de Montoneros, el problema además residía en una transferencia automática de las divisiones políticas y sociales operadas en la Argentina para la comunidad de argentinos en Brasil: “[...] Hay gente dentro del Círculo Argentino que tenían disidencias [con nosotros] [...] y nos siguen catalogando como ‘guerrilleros’, los ‘locos’ [...] vimos que seguimos en la misma discusión ideológica dentro del Brasil” (Juan P., 2008).

En el caso de Ernesto llegó a demonizar al conjunto del CADEPA representándolos como una institución directamente vinculada a la dictadura militar argentina. En términos muy duros, este testigo se desahogaba así:

“[...] son un bando de ‘gorilas’, las cosas acá son terriblemente jodidas [...] Una vez, la comunidad argentina, que hay un ‘coso’ que no existe, el CADEPA, se llama. Es todo mentira... porque no tiene [sede]...hicieron un homenaje a [antiguo funcionario del Consulado, acusado de pertenecer a los servicios de inteligencia de la dictadura] Yo no fui, no aparecí. ¡No me convides a esas cosas!” (Entrevista con Ernesto T., 2010).

Por otro lado, hallamos personas que, desde otro prisma, insistieron en negar o restar importancia a las diferencias político-ideológicas de los argentinos en Porto Alegre. Uno de los entrevistados, al ser preguntado si en la ciudad había exiliados argentinos respondió de forma sorprendente: “Aunque... no sé... ¿aquí, exilados? Francamente, que yo sepa, no hay nadie... así, montoneros, creo que no hay nadie” (Entrevista con Francisco K., 2007) A lo que su esposa agregó un comentario cargado de los estigmas de la dictadura, pero que, al mismo tiempo, deconstruye la respuesta de su marido: “Mirá, yo te digo una cosa: hay muchos tipos que se mandan la parte y dicen que eran guerrilleros [...] y yo creo que los que lo dicen ¡No mataron una pulga!” (en Francisco K., 2007).



Ya en otra sesión, la esposa de otro entrevistado interrumpió las palabras de su esposo para aclarar al autor lo siguiente: [...] ¡Nosotros exiliados no somos! (en Carlos P., 2008), aparentemente para marcar bien su diferencia en relación a los emigrados por cuestiones políticas y para señalar desde “donde” nos estaba hablando.

### **Observaciones finales**

Como observamos, tanto exiliados como inmigrantes, a pesar de sus profundas diferencias de identidades y pertenencias (clase social, afinidades político-ideológicas, etc.) no siempre fueron tan homogéneos en su accionar. Más bien eran seres complejos, con sus ambigüedades y contradicciones, viviendo en un país muy distinto al país de origen, bajo una atípica dictadura con fachada democrática, y cuyas reglas difusas de sobrevivencia y una visión estatal xenófoba sobre los extranjeros (especialmente los vecinos fronterizos) obligaban permanentemente a los sujetos a desarrollar diversas estrategias de adaptación. Ellos actuaron y cambiaron de actitudes en función de contextos diversos. Para los exiliados en general, la discreción y el silencio fueron herramientas imprescindibles para sobrevivir sin ser molestados, aunque no todos siguieron esa regla. Para parte de los inmigrantes, la adhesión al régimen del país de acogida y ser o parecer “apolítico”, en diversos grados de sinceridad, también fue útil para sobrevivir, pero no todos los que emigraron por cuestiones laborales o económicas eran adictos a las dictaduras.

Hubo tentativas, individuales en su mayoría, de aproximación entre unos y otros, sobre todo en función de la sobre posición de la identidad nacional frente a otras pertenencias de identidad, pero no siempre fueron bien sucedidas. Pero no pocas veces exiliados e inmigrantes se entrecruzaron, mostrando numerosas interrelaciones y articulaciones entre ámbitos políticos, privados y/o públicos, lo que dificulta el uso de etiquetas simplistas y mostrándonos que la realidad del fenómeno migratorio es siempre mucho más compleja que las abstracciones conceptuales.

Finalizadas las dictaduras en ambos países, también llegaron los intentos de reconciliación propuestos por los políticos de turno, y la pretensa ola democrática también cubrió el pasado reciente de los argentinos de Rio Grande do Sul. En la Argentina de fines de los 80 e inicios de los 90, las políticas oficiales del menemismo buscaron lanzar un manto de olvido (desmemoria) e impunidad sobre los responsables del terrorismo de Estado, bajo el pretexto de evitar “revanchismos”.

Pero, los avances producidos desde mediados de los años 90 en el tema de los Derechos Humanos en la Argentina, parece haber lanzado chispas que inflamaron divergencias entre los miembros de la comunidad argentina en Brasil. Con eso, resurgieron las adormecidas memorias de identidades políticas forjadas en los turbulentos años 60-70 y, tal como en aquellos tiempos, casi siempre polarizadas y extremistas, e irrumpían en escena avivando el fuego de viejos antagonismos, cuya resolución requería mucho más que una paciente espera por el transcurrir del tiempo o el olvido inducido: el pasado reciente de los argentinos del Brasil también se negaba a desaparecer.

### **Bibliografía**

Ayala, Mario (2014): “Los exiliados argentinos en Venezuela. Solidaridad, denuncia y construcción de redes regionales de Derechos Humanos”, en Silvina Jensen y Soledad Lastra (edits.), *Exilios: militancia y represión. Nuevas fuentes, nuevos abordajes de los destierros de la Argentina en los años setenta*, EDULP, La Plata.

Bernetti, Jorge L.; Giardinelli, Mempo (2003): *México: El Exilio que hemos vivido. Memoria del exilio argentino en México durante la dictadura, 1976-1983*, Universidad Nacional de Quilmes, Quilmes.

Cunha-Giabbai, Gloria da (1992): *El exilio, realidad y ficción*, Ed. Arca, Montevideo.

De Riz, Liliana (2000): *La Política en Suspense 1966/1976*, Paidós, Buenos Aires.

Fausto, Boris (2006): *História Concisa do Brasil*, EdUSP, São Paulo.

Fernández, Jorge Christian (2011): *Anclaos en Brasil: a presença argentina no Rio Grande do Sul, 1966-1989*, Tese (Doutorado em História), UFRGS, Porto Alegre.

Fernández, Jorge Christian (2012): “O sobrevoo do Condor sobre o exílio argentino no sul do Brasil: um estudo de caso”, *Taller (Segunda Época) Revista de Sociedad, Cultura y Política en América Latina*, Vol. 1, N°1, pp. 119-138.

Finchelstein, Federico (2016): *Orígenes Ideológicos de la ‘Guerra Sucia’. Fascismo, populismo y dictadura en la Argentina del Siglo XX*, Sudamericana, Buenos Aires.

Franco, Marina (2008): *El Exilio: argentinos en Francia durante la dictadura, Siglo XXI*, Buenos Aires.

Franco, Marina (2012): *Un enemigo para la nación. Orden, violencia y “subversión”, 1973-1976*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Garzón-Valdéz, Ernesto (1983): “La emigración argentina. Acerca de sus causas ético-políticas”, en Peter Waldmann y Garzón-Valdéz, Ernesto (comps.), *El poder militar en la Argentina, 1976-1981*, Galerna, Buenos Aires.

Jensen, Silvina (2004): “Política y cultura del exilio argentino en Cataluña” en: Yankelevich, Pablo (comp.), *Represión y destierro: Itinerarios del exilio argentino*, Ediciones al Margen, La Plata, pp. 113-156.

Jensen, Silvina (2007): *La provincia flotante. Historia de los exiliados argentinos de la última dictadura militar en Cataluña (1976-2006)*, Fundació Casa Amèrica Catalunya, Barcelona.

Jensen, Silvina y Lastra, Soledad (edits.) (2014): *Exilios: militancia y represión. Nuevas fuentes, nuevos abordajes de los destierros de la Argentina en los años setenta*, EDULP, La Plata.

Jensen, Silvina; Lastra, Soledad (2016): “Formas de exilio y prácticas represivas en la Argentina reciente (1974-1985)”, en Gabriela Águila, Santiago Garaño y Pablo Sacatizza (coord.), *Represión estatal y violencia paraestatal en la historia reciente argentina: Nuevos abordajes a 40 años del golpe de Estado*, Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (Estudios/Investigaciones; 57), La Plata.

Kaufman, Susana (2006): “Lo legado y lo propio. Lazos familiares y transmisión de memorias”, en Elizabeth Jelin y Susana Kaufman, *Subjetividad y figuras de la memoria, Siglo XXI*, Buenos Aires.

Larraquy, Marcelo (2007): *Lopez Rega, el peronismo y la Triple A*, Punto de Lectura, Buenos Aires.

Lastra, Soledad (2010): *Del exilio al no retorno. Experiencia narrativa y temporal de los argentinos en México*, Tesis de Maestría en FLACSO-México, México DF.

Moreira Alves, Maria Helena (1984): *Estado e Oposição no Brasil 1964-1984*, Vozes, Petrópolis.

Quesada, Maria S. (2003): *Isabel Perón: La Argentina en los años de María Estela Martínez*, Planeta, Buenos Aires.

Roniger, Luis (2014): *Destierro y Exilio en América Latina. Nuevos estudios y avances teóricos*, Eudeba, Buenos Aires.

Sheffer, Gabriel (2006): *Diaspora Politics: at home abroad*, Cambridge University Press, New York.

Slatman, Melisa; Padrós, Enrique, S. (2014): “Brasil y Argentina: modelos represivos y redes de coordinación durante el último ciclo de dictaduras del Cono Sur. Estudio en clave comparativa y transnacional”, en Silvina Jensen y Soledad Lastra (edits.), *Exilios: militancia y represión. Nuevas fuentes, nuevos abordajes de los destierros de la Argentina en los años setenta*, EDULP, La Plata.

Sznajder, Mario y Roniger, Luis (2013): *La política del destierro y el exilio en América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México.

Vezzetti, Hugo (2002): *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en Argentina*, Siglo XXI, Buenos Aires.

Viz Quadrato, Samantha (2007): “Exiliados argentinos en Brasil: una situación delicada”, en Pablo Yankelevich y Silvina Jensen (comps.), *Exilios. Destinos y experiencias bajo la dictadura militar*, Libros del Zorzal, Buenos Aires.

Viz Quadrato, Samatha (Org.) (2011): *Caminhos cruzados. História e memória dos exílios latino-americanos no século XX*, Editora da FVG, Rio de Janeiro.

Yankelevich, Pablo (2008): “Dictadura y Exilio” en Lida, Clara; Crespo, Horacio y

Yankelevich, Pablo, *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado*. Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, Buenos Aires.

Yankelevich, Pablo (2010): *Ráfagas de un exilio. Argentinos en México (1974-1983)*, Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, Buenos Aires.

Yankelevich, Pablo (comp.) (2004): *Represión y destierro: Itinerarios del exilio argentino*, Ediciones Al Margen, La Plata.

Yankelevich, Pablo y Jensen, Silvina (comps.) (2007): *Exilios. Destinos y experiencias bajo la dictadura militar*, Buenos Aires, Libros del Zorzal.

Zuccotti, Juan Carlos (1987): *La Emigración Argentina Contemporánea a partir de 1950*. Editorial Plus Ultra, Buenos Aires.

### Fuentes documentales

*Boletim A Família da Pompéia*, CIBAI-Migrações, Diciembre de 1990, s. p. Archivo Documental de la *Paróquia Nossa Senhora da Pompéia*, Porto Alegre.

*Carta* - CADEPA, 26/04/1979, archivo privado, Directoria CADEPA, Porto Alegre.

*Carta Circular a los Socios* - CADEPA, diciembre 1978 (?), archivo privado, Directoria CADEPA, Porto Alegre.

*Circular N° 1*- CADEPA, 06/05/1968, archivo privado, Directoria CADEPA, Porto Alegre.

*Decreto N° 66.689, de 11 de junho de 1970*. Documento íntegro disponible en <http://www6.senado.gov.br/sicon/ListaReferencias.action?codigoBase=2&codigoDocumento=197119> – Visitado el 16 de octubre de 2008.

DOPS/RS: *José Maria Villone. Pedido de búsqueda N° 346/77/DBCI/DOPS/RS, 30/08/1977* – SOPS/E 1.1.86.2.1 - Acervo de la Lucha Contra La Dictadura, Porto Alegre.

DOPS/RS: *José Maria Villone. Pedido de búsqueda N° 432/77/DBCI/DOPS/RS, 18/10/1977* – SOPS/E 1.1.86.2.1 - Acervo de la Lucha Contra La Dictadura, Porto Alegre.

Entrevista: Andrea T. Entrevista realizada por Jorge C. Fernández el 01 de abril de 2008.

Entrevista: Bruno M. Entrevista realizada por Jorge C. Fernández el 13 de julio de 2007.

Entrevista: Carlos. P. Entrevista realizada por Jorge C. Fernández el 07 de agosto de 2008.

Entrevista: Francisco K. Entrevista realizada por Jorge C. Fernández el 29 de junio de 2007.

Entrevista: Gabriel Martínez Agüero. Entrevista realizada por Jorge C. Fernández el 22 de noviembre de 2010.

Entrevista: Hilda G. Entrevista realizada por Jorge C. Fernández el 13 de julio de 2007.

Entrevista: Juan P. Entrevista realizada por Jorge C. Fernández el 09 de agosto de 2008.

Entrevista: Mirtha P. Entrevista realizada por Jorge C. Fernández el 11 de marzo de 2008.

Entrevista: Pablo O. Entrevista realizada por Jorge C. Fernández el 11 de marzo de 2008.  
INFE N°22-2807/82/SCI/SSP/RS (Confidencial) *Organismos de argentinos promovem atividade no Rio Grande do Sul, 29/07/1982* Fondo SNI, Archivo Nacional, Brasília.

*Jornal Zero Hora, 04/08/1980: 20. Arquivo Museu de Comunicação Social Hipólito Jose da Costa* – Porto Alegre.

*Nómina Socios* CADEPA, agosto 1973? Archivo privado, directorio CADEPA, Porto Alegre.